

BRASILIA 50 AÑOS

Roberto Segre

Este mes de abril, para conmemorar el 50 aniversario de Brasilia, han fluido ríos de tinta en libros, revistas, ensayos, entrevistas, programas de TV, filmes, sitios. Pero, ¿qué se desea conmemorar? Porque ciertamente todos los textos estarán acompañados de fotos del Eje Monumental, del Congreso Nacional o de la Plaza de los Tres Poderes. ¿Acaso Brasilia se resume en estas imágenes? Sin duda ellas *representan* Brasilia, y esto sin lugar a dudas, resulta fundamental. Lucio Costa y Oscar Niemeyer, consiguieron una proeza única en el siglo XX: crear una imagen icónica de una ciudad moderna, reconocida no solamente en Brasil, sino en el mundo entero. La arquitectura monumental de Brasilia, que representa al Estado Brasileño, logra una resonancia popular similar al fútbol, el carnaval o la Bossa Nova. Nunca antes había ocurrido esto con una ciudad nueva: los iconos representativos siempre se identificaron en las ciudades tradicionales: San Pedro en Roma, la torre Eiffel en París o el Empire State Building en Nueva York. Pero, los predios simbólicos del Plan Piloto expresan el ideal de concretar la utopía, y toda utopía ha sido siempre destruida por la realidad. El Capitolio de Washington, identificado con la democracia americana, fue negado por la política imperialista de los sucesivos gobiernos de Estados Unidos. El monumento de la Tercera Internacional de Tatlin, en Rusia, imagen de la vanguardia de la Revolución Rusa, fue rechazado por el estalinismo; y el Ministerio de Educación y Salud, símbolo de la vanguardia cultural y arquitectónica brasileña, necesitó de la dictadura de Getulio Vargas para ser concretado. Al mismo tiempo, la utopía social de Brasilia, imaginada por Costa y Niemeyer, fracasó con la llegada de la dictadura militar en 1964, poco después de su inauguración. Nunca los pobres que construyeron Brasilia,

expulsados a los distantes bordes del Plan Piloto, pudieron habitar las Supermanzanas.

Entonces, más allá de su valor histórico, tiene que ser conmemorada su función pionera de promover una ocupación del territorio brasileño y lograr la articulación entre el sur y el norte del país. Pero, al mismo tiempo, las conmemoraciones no pueden limitarse a exaltar el Plan Piloto. Él representa la concreción de las ideas urbanísticas del Movimiento Moderno, de Le Corbusier y de la Carta de Atenas, en un espacio y un tiempo limitados. Nadie hubiera podido pensar que ese esquema inicial quedaría como una imagen congelada eternamente. La ciudad actual es, cincuenta años después, la expresión de las contradicciones políticas, económicas, sociales y culturales existentes en el país.

De allí que esas contradicciones motivaran las intervenciones al Plan Piloto contrarias a la propuesta inicial de Costa. La arbitrariedad de las iniciativas privadas generó el desorden del área de los hoteles, la ocupación de la ribera del lago, las lujosas mansiones individuales, la especulación inmobiliaria de las áreas residenciales, así como se produjo







la pérdida del “aura” original en los nuevos predios insertados por Oscar Niemeyer.

A su vez, sería ingenuo pensar que Brasilia permanecería incontaminada y distante de la pobreza, la violencia y la corrupción que siempre existió en Río de Janeiro, São Paulo y Belo Horizonte. Es una paradoja que la ciudad que simboliza a Brasil en el mundo fuera administrada recientemente por dos gobernadores corruptos: Joaquim Roriz y Jose Roberto Arruda, negando la imagen utópica de la arquitectura asociada a la ética y la moral; y que el purismo de las formas imaginadas por Costa y Niemeyer, asociadas a sus visiones masónicas y a una representación del estado laico, sean opuestas al misticismo que domina la ciudad, con la mayor concentración de sectas y grupos religiosos del Brasil.

Entonces, lo que hay que conmemorar es que la ciudad de estos cincuenta años mantenga su vitalidad y capacidad de transformación, y que la utopía urbanística y arquitectónica, identificada inicialmente con las propuestas de Le Corbusier, hoy pueda ser asociada a las ideas contemporáneas de Rem Koolhaas; y que Brasilia sea un territorio urbanizado, un sistema urbano complejo, y no una simple “ciudad”. O sea,

ya no representa la primera modernidad de la Carta de Atenas, sino que está asociada a la tercera, la “metapolización”, según la definición de François Ascher.

Brasilia es, más allá del Plan Piloto, el conjunto de ciudades satélite, como el *Núcleo Bandeirante*, *Taguatinga*, *Gama*, *Ceilândia*, *Cruzeiro*, *Sobradinho*, *Planaltina*, *Brazilândia*, *Samambaia*, *Vale do Amanhecer*, con todas sus injusticias, con su fealdad y con su corrupción. Hoy, en 2010, Brasilia no es más un símbolo abstracto, sino una representación real de Brasil con todas sus contradicciones sociales y espaciales, con sus injusticias, con su fealdad y su corrupción. Ahora, Brasilia no es más un símbolo abstracto, sino una representación real de Brasil y de las tendencias actuales del urbanismo contemporáneo. 

Roberto Segre (Milán, 1934). Arquitecto argentino, nacido en Italia y residente tres décadas en Cuba. Desde 1995 vive en Brasil, en donde es profesor de la Universidad Federal de Río de Janeiro. Es Doctor en Ciencias del Arte por la Universidad de La Habana y Doctor en Planeamiento Regional y Urbano por la Universidad Federal de Río de Janeiro. Ha publicado más de treinta libros sobre arquitectura y urbanismo en América Latina y el Caribe, entre los que cabe citar: *Las estructuras ambientales de América Latina*, *Arquitectura y urbanismo de la Revolución Cubana* y *Havana, Two faces of the Antillean metropolis*, en colaboración con John L. Scarpaci y Mario Coyula. Es miembro del Concepto Editorial de *ArchiPiéLAGO*. Las fotografías de este artículo son del autor.